

ANTONY JOHNSTON



¿PUEDES RESOLVER ESTE ASESINATO?

Una novela negra interactiva



temas de hoy



ANTONY JOHNSTON
¿PUEDES RESOLVER
ESTE ASESINATO?

Las flores del Elíseo

Traducción de Esther Cruz Santaella



temas de hoy

Título original: *Can You Solve the Murder?*

© Antony Johnston, 2025

© por la traducción, Esther Cruz Santaella
Corrección de estilo a cargo de Ana Muineló

© Editorial Planeta, S. A., 2025
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2025
ISBN: 978-84-10293-77-9
Depósito legal: B. 10.197-2025
Composición: María García
Impresión y encuadernación: Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1

—Parece ser que actualmente es un centro de adelgazamiento.

La subinspectora McAdam conduce a máxima velocidad por un sinuoso camino de curvas cerradas y bordeadas de setos.

—Creo que prefieren usar el término «retiro de bienestar» —señalas.

McAdam se ríe por lo bajo.

—Me da que la víctima no estaría de acuerdo ni con una cosa ni con la otra.

—Intente guardarse esas ideas para usted una vez que estemos allí, subinspectora.

Usas un tono ligeramente amonestador, aunque por dentro admites estar pensando algo similar; eso, cuando consigues pensar durante más de cinco segundos sin temer por tu vida, claro, con McAdam conduciendo como si estu-

viese en un *rally*. Al salir de una curva, la subinspectora acelera sobre un montículo y te deja el estómago del revés.

Es el primer caso en el que colaboráis, después de que la destinaran a tu comisaría la semana pasada tras labrarse un nombre como subinspectora en Northumbria. Cuando le preguntaste por qué había desarrollado toda su carrera en la policía inglesa y no en la de su Escocia natal, se encogió de hombros y te dijo: «Más movimiento». McAdam es baja y enjuta, tiene treinta y tantos años, el pelo oscuro y una tez que sugiere que pasa mucho tiempo al aire libre (probablemente, reproduciendo persecuciones en coche de pelis de Hollywood).

Tras una última curva que desafía a la muerte, llegáis a las puertas del Elíseo: no la recompensa celestial, sino el retiro en cuestión, que ofrece sus servicios en los terrenos y el edificio de la mansión Finchcote, antigua casa señorial. La parcela está rodeada por unos muros altos de piedra, solo interrumpidos por una amplia cancela en la que un letrero engalanado con el nombre de la empresa te invita a REDESCUBRIR TU LUGAR EN LA NATURALEZA Y REVITALIZAR TU ALMA con un derroche de colores pastel y rosas dibujadas.

Un coche patrulla y dos agentes de uniforme custodian el acceso. Al reconocerte, te saludan dándote paso con un gesto de la cabeza. Como respuesta, McAdam pisa a fondo y acelera por un puente achaparrado de muros bajos para cruzar un río estrecho que atraviesa los terrenos, antes de continuar por la avenida larga y arbolada que conduce hasta la casa.

La mansión Finchcote es alta e imponente: cuatro plantas de la piedra pálida característica de la región dispuestas en estilo neogótico, con ventanas en arco, balaustradas barrocas y gárgolas de mirada maliciosa en todas las esquinas y juntas. Un entorno nada usual para un retiro de bienestar.

Al acercaros a la fuente y al círculo pavimentado en el que hay aparcados más coches de policía, te preguntas dónde estará ahora la familia que residía en esa casa originalmente; no debió ser nada fácil renunciar a un hogar familiar tan espléndido, fuera por el precio que fuese.

Junto a los coches patrulla hay un furgón forense en el que McAdam y tú os ponéis unos trajes de protección, unos patucos y unos guantes. Le haces un gesto de reconocimiento con la cabeza a un policía uniformado que se te acerca, alto y de hombros anchos: es el agente Zwale, un joven oficial con el que ya has trabajado otras veces.

Se lo presentas a tu nueva compañera, la subinspectora McAdam.

—El agente Zwale tiene la ambición de convertirse en inspector de policía —le comentas a la subinspectora.

McAdam mira al joven oficial de arriba abajo, evaluándolo.

—Ah, ¿sí? Pues mira y aprende. Al final todo se reduce a tomar la iniciativa.

—Sí, señora —dice Zwale—. No pienso defraudarla.

El traje de protección no transpira bien (la clave está en que sea impermeable, claro), así que, sudando ya bajo el calor, no ves la hora de ponerte en marcha.

—Guíenos, agente. ¿Ha llegado Wash?

Zwale asiente y os lleva por las escaleras que suben a la entrada principal.

—Sí. Ya han colocado la tienda blanca.

Por dentro la casa tiene un aspecto muy distinto al de su exterior clásico. Aquí convive lo viejo con lo nuevo, lo que se demuestra en una moderna sala de recepción a base de madera de pino y placas de mármol ante una escalinata tradicional, alfombrada, de roble y latón. El vestíbulo tiene los techos

altos y está revestido en madera, con una magnífica lámpara de araña en un lugar de honor y un agradable aroma a jardín gracias a una variedad de plantas en macetas, grandes y pequeñas, que decoran todas las paredes. Como contraste, en el mostrador de recepción hay dos monitores de ordenador grandes, manejados por una joven rubia y guapa. A tu alrededor, unas cuantas pantallas instaladas en las paredes anuncian los cursos organizados en el retiro con unos vídeos muy luminosos; en una de ellas se muestra el horario con las actividades del día: yoga, natación, incluso arreglos florales y cuidado de plantas.

—A lo mejor me llevo un folleto —dice McAdam.

—¿Es que le van estos sitios, subinspectora?

McAdam resopla.

—Ni por asomo. Pero se acerca el cumpleaños de mi mujer y a ella le encantaría.

—El director les está esperando en su despacho a que vayan —dice el agente Zwale.

—Seguro que puede esperar un poco más —respondes—. Primero vamos a ver el cuerpo y la escena del crimen.

Hay decenas de personas deambulando por el vestíbulo; algunas son del personal, con unos polos reconocibles estampados con una rosa (el logo de la empresa), pero en su mayoría son huéspedes que tratan de averiguar qué ha ocurrido. Se apartan para dejaros pasar, susurrando entre ellos y fijándose en vuestros trajes de protección. Saben que la cosa debe ser seria.

Zwale os lleva hacia una puerta que hay al fondo del vestíbulo, custodiada por agentes de uniforme. Sin embargo, antes de llegar a ella, una mujer rubia de mediana edad, vestida con una equipación blanca de tenis y con una raqueta en la mano, sale muy dispuesta de entre la multitud y os bloquea el paso.

—Ya era hora, vamos. Será usted algún mando, supongo —te dice con gesto serio.

—El alto mando de la investigación, de hecho —matiza McAdam.

—Sí, bueno. Esto es terrible y tal, pero haga el favor de comunicarle a su gente que tengo un compromiso para almorzar.

Le prestas toda tu atención.

—¿Y usted es la señora...?

—Nesbitt, quién voy a ser —dice con los aires confusos de quien espera que se le reconozca—. La mansión Finchcote pertenece a mi distrito.

—Carla Nesbitt, diputada del Parlamento —te explica McAdam en un intento por ayudar.

Por desgracia, eso solo provoca que la mujer abra aún más los ojos.

—¿En serio? No se puede esperar gran cosa de esta investigación si ni siquiera es usted capaz de reconocer a la diputada de su distrito —dice, y suelta un resuello. Antes de que puedas explicarle que vives en otra ciudad, añade—: Sus agentes están decididos a impedir que nos vayamos de aquí y eso no pienso consentirlo.

—Señora Nesbitt, lo siento mucho, pero tendrá que «consentirlo», como usted dice. Ha muerto un hombre y mi trabajo es llevar a cabo una investigación minuciosa y descubrir lo que ha ocurrido. Piense que podría haber sido uno de sus votantes.

La mujer asimila ese dato.

—Sí, bueno, vale. Pero ya no puede votar, ¿no?

—Su familia y sus amistades sí que pueden —interviene brillante McAdam—. Por no mencionar a todo el mundo que oiga hablar de este caso en las noticias. Imagine que la

gente se enterase de que su representante en el Parlamento le dio más importancia a su almuerzo que a la muerte de un inocente.

Carla mira a la subinspectora con el ceño fruncido.

—¡Inocente! Eso habrá que verlo. Seguramente Harry decidió que estaba hartó y punto. Dense prisa y acaben con todo esto para que el resto podamos seguir con nuestra vida, ¿me hacen el favor?

Y con esas, se gira sobre sus zapatos de suela de goma y se va.

—Seguro que también él tenía muy buen concepto de usted —murmura McAdam, mientras observas a la diputada pasar al ala este de la casa.

El agente Zwale reanuda la marcha y os lleva por la puerta custodiada hacia una zona exclusiva para el personal. Desde ahí, una amplia entrada trasera conduce a unos escalones que bajan a un patio, semicerrado por las alas este y oeste de la casa que sobresalen en ángulos rectos del edificio principal. Ves un cuadrado de hierba muy bien cortada dividido en cuartos por unos caminos de gravilla que recorren el centro y los bordes. Más allá, los terrenos se hacen más silvestres, más naturales, con dos túneles grandes de cultivo visibles a poca distancia.

De todos modos, en este momento los jardines no son tu destino. Según llegas al patio, a tu derecha y cerca del muro del ala oeste, hay más policía uniformada. Custodian un cordón que rodea la reconocible tienda de campaña forense, de lona blanca, levantada sobre el camino de gravilla situado junto al edificio.

No llueve desde hace semanas, por lo que la tierra está reseguísima. Es una suerte para una investigación que se desarrolla al aire libre, aunque signifique tener que estar bajo

el sol del verano tardío. Dado que estáis ya en la primera semana de septiembre, confías en que el calor intenso acabe pronto.

Caminas sobre la hierba y te agachas bajo el cordón para acceder a la tienda. Dentro, ves a un fotógrafo de la policía, un cadáver y a una patóloga forense de pie sobre el cuerpo.

—La víctima es Harry Kennedy —dice McAdam, leyendo su cuaderno—. Cincuenta años, promotor inmobiliario en la zona. Un pez más o menos gordo. Reservó una semana de tratamiento. Se alojaba aquí solo.

—Y se irá de aquí más o menos igual —añade la forense, incorporándose y estirando la espalda.

La doctora Wash tiene un acento inmaculado y cristallino; hay quien dice que aparenta ser tan vieja como suena, o a la inversa. No obstante, todo eso va acompañado por décadas de experiencia y una precisión inquebrantable. Ya has trabajado muchas veces con ella y confías incondicionalmente en sus hallazgos.

Las presentas:

—Doctora Wash, esta es la subinspectora McAdam, recién trasladada de Northumbria.

Las dos intercambian asentimientos de saludo y luego la forense se retira para dejarte ver mejor el cuerpo. Casi deseas que no lo hubiese hecho.

—La víctima cayó desde la última planta, quince metros —dice la doctora Wash—. Ahora mismo, la tierra está tan dura y seca que resulta implacable, de ahí el destrozo.

El difunto Harry Kennedy está tumbado de espaldas, con los ojos vidriosos abiertos de par en par, fijos en nada. Probablemente fuese bastante atractivo, pero tiene la cara y la cabeza muy dañadas y el pelo, corto, se le ha manchado de sangre y tierra. Lo rodea un charco carmesí que se filtra en la

tierra y empapa un albornoz hasta entonces blanco. Bajo ese albornoz solo lleva unos bóxers.

No obstante, lo que más destaca es algo que no habías visto nunca antes: Kennedy tiene una horca de jardinería hundida en el pecho.

McAdam silba.

—Pues hasta aquí llegó la teoría del suicidio de Carla Nesbitt.

—Sí, es altamente improbable, y por dos motivos. Puf.

—La doctora Wash se agacha sobre el cuerpo, gimiendo cuando las rodillas le crujen como protesta—. Primero, por lo obvio: la horca entró directa al corazón y seguramente estuviese muerto antes de dar contra el suelo.

—¿Y cuál es el motivo menos obvio? —preguntas.

La doctora Wash abre suavemente la boca de Kennedy y queda a la vista una rosa en su interior.

—Magnífico —dice McAdam, y suspira—. Nos enfrentamos a un loquito.

La forense le lanza una mirada de reprobación y te ahorra a ti la molestia.

—¿Cree que la colocaron ahí de forma deliberada, doctora? —preguntas.

—Diría que sí, aunque quién lo hizo es un misterio. Arriba, en el balcón, hay una planta que coincide con la flor.

—¿Le han encontrado algo en los bolsillos?

La patóloga forense va a por dos bolsas transparentes de pruebas que hay cerca, en una mesa plegable. En una hay un reloj metálico impersonal y en el interior de la otra se ve una tarjeta de plástico con la imagen de marca del Elíseo.

—Doy por hecho que es la tarjeta que abre la habitación de la víctima, aunque todavía no lo hemos comprobado. El reloj parece de lo más normal.

—¿Nada más? ¿Ni la cartera?

—Que llevara encima, nada más. El móvil lo encontraron en el suelo, con la pantalla rota y tan dañado que no enciende. Se lo he enviado al equipo forense digital.

Asimilas toda la información, confiando en la minuciosidad de la doctora.

—¿Desde dónde cayó exactamente?

La doctora Wash sale de la tienda blanca y señala hacia arriba, a un balcón de la cuarta planta con unos balaústres de piedra. Todas las habitaciones de esa última planta tienen la misma balaustrada, y al fijarte ahora te das cuenta de que esos muros que dan a la parte trasera están mucho más gastados que la fachada. Las piedras tienen las esquinas descascarilladas, las gárgolas muestran grietas en la cara y el cuerpo y en varios balcones hay balaústres rotos o desaparecidos. Sin duda, la mansión Finchcote ha vivido épocas mejores.

—El equipo forense ya ha estado en la habitación que da a ese balcón, así que pueden entrar a mirar por su cuenta —continúa la doctora—. Y no deja de ser curioso que, supuestamente, esa habitación sea solo para el personal y estuviera cerrada con llave. Espero que no le den miedo las alturas —te dice.

—Me las apañaré. ¿Hora de la muerte?

—Antes de las once menos cuarto de esta mañana. Fue entonces cuando el director lo encontró y llamó al 999. Más allá de eso, es complicado decir nada de momento. Aunque es bastante reciente.

—Entonces solo queda una pregunta por hacer: ¿cómo de segura está de que no fue un accidente?

La doctora Wash se asoma sobre las gafas para mirarte.

—Una horca de jardinería no es un estilete. Hincarle eso a una persona implica un acto contundente y deliberado. No tengo ninguna duda sobre mi evaluación.

Con los brazos en jarras, la subinspectora McAdam supervisa la espeluznante escena y niega con la cabeza.

—Sí que buscamos a un loquito, sí. En algunos países, mandarían al culpable a la silla eléctrica.

—Por suerte aquí ya no, subinspectora —respondes—. También dejamos de ahorcar a la gente mucho antes de que usted y yo nacióramos.

—Pero no antes de que naciera yo —dice la doctora Wash, tachando elementos de una lista sujeta a una tablilla—. Incluso siendo una niña me alegré de que desapareciese. No estará usted defendiendo su regreso, ¿no, subinspectora?

McAdam se encoge de hombros.

—Hay gente que no tiene remedio.

—Y hay gente que nunca dejará de comer carne. ¿Los colgamos a esos también?

—Menuda chorrada, eso no es un crimen.

—No, es solo «el orden natural», ¿verdad? Pero es que muchos asesinos piensan igual de sus víctimas. Haría bien en recordarlo.

Aún no conoces lo bastante a McAdam para distinguir si su expresión de ojos abiertos significa que se ha quedado sin palabras o que está a punto de soltar una serie de vituperios, así que das el tema por concluido y la acompañas fuera de allí.

—Gracias, doctora. Llámenos cuando esté todo listo en el depósito.

Sales de la tienda y te fijas en un indicador de pruebas que hay cerca, sobre la hierba, y que señala el punto en el que han encontrado el móvil de Harry Kennedy. El agente Zwale se ofrece a llevaros dentro, al balcón desde el que cayó la víctima.

—Los puñeteros forenses están todos mal de la cabeza —murmura McAdam mientras retrocedéis hacia la casa, to-

davía con el traje de protección puesto—. Conque una animalista, ¿eh?

—Podría decirse que sí —respondes. Te hace gracia su consternación—. La doctora Wash tiene una granja llena de ganado.

—Ah. Hipócrita, entonces.

—Todo lo contrario. No los cría para comérselos. Es solo para que le hagan compañía.

McAdam te mira incrédula y luego suspira.

—Lo que yo decía: fatal de la cabeza.

El agente Zwale ya ha vuelto a entrar en la casa. Te detienes justo antes de cruzar las puertas para que el policía no pueda escuchar lo que vas a decirle a McAdam.

—Subinspectora, insultar a la forense en su primera escena de un crimen aquí no es el tipo de comportamiento que me esperaba. Me habían asegurado que era usted una investigadora muy trabajadora e inteligente, así que hágame el favor y esté a la altura de esa reputación. ¿Entendido?

McAdam se muestra desconcertada; claramente, no considera que se haya excedido. De todos modos, al momento cede.

—Entendido. Hay que comportarse.

Asientes y avanzas tras el agente Zwale. Os lleva de vuelta al vestíbulo, subís la escalinata alfombrada y pasáis por un pasillo lleno de habitaciones destinadas a masajes, yoga y otros tratamientos de bienestar. Giráis en una esquina para acceder al ala oeste y luego subís dos tramos más de escaleras, pasando por varias salas de tratamiento. Por fin llegáis a la última planta, donde las puertas de las habitaciones están numeradas como en un hotel.

—Qué estaría haciendo la víctima en una zona exclusiva para el personal —se plantea la subinspectora McAdam.

—Quizá el director sepa responder a eso —contestas—. Hablaremos con él después de echarle un vistazo a la escena.

Zwale se detiene junto a un oficial uniformado que custodia la puerta de la habitación 312, señalada con el letrero SOLO PERSONAL AUTORIZADO. En el pasillo, más allá, ves lo que supones que es el dormitorio de la víctima, vigilado por otro agente. Mientras miras, un hombre tatuado de aspecto atlético y con ropa de deporte se acerca al agente e intercambia unas palabras con él. La conversación ocurre demasiado lejos y no la oyes, pero está claro que el hombre pretende entrar en la habitación. El oficial, no obstante, lo larga de allí y anotas mentalmente que más tarde deberías buscar al hombre tatuado.

—¿Quieren entrar? —dice Zwale, llamando de nuevo tu atención sobre la habitación del personal.

—Sí, claro. Avance, agente.

—He pensado que les interesaría saber que esta puerta estaba cerrada con llave cuando llegamos y que esa llave no estaba en recepción, se había perdido. Tuvimos que esperar a que viniese el director para abrirla.

—¿Es la única otra persona que tiene llave de aquí?

Zwale parece avergonzado.

—Em, no... no se me ocurrió preguntar.

—Pues hágalo ahora, y rapidito —le gruñe McAdam.

El agente se aleja acelerado.

—Con tranquilidad, subinspectora —murmuras y le lanzas una mirada mientras agarras el picaporte, que gira suavemente, y la puerta se abre.

—Tienen que aprender —responde la subinspectora—. A mí no me vino nada mal recibir unas cuantas palabras bien escogidas de mis superiores de mayor edad.

McAdam y tú entráis y os encontráis en un almacén con olor a humedad y a moho que obviamente nadie ha usado

desde hace un tiempo. En un rincón hay una aspiradora vieja, junto a una fregona y un cubo de aspecto triste. En las estanterías metálicas que se apoyan en las paredes ves botes oxidados de desinfectante y abrillantador en espray, además de aperos de jardinería como palas, mazos y azadas. El otro rincón lo ocupa una carretilla vieja, cubierta por telarañas y llena de lo que parecen ser botas de goma en desuso. Varios trozos de manguera reposan sobre unos trapos para el polvo mal doblados y unas sábanas; en algunos de esos tejidos hay salpicaduras de sangre. Un rastro de gotas de color carmesí oscuro conduce hasta unos ventanales abiertos que dan acceso al balcón.

—¿Qué demonios estaba haciendo aquí Harry Kennedy?
—murmura McAdam.

—Fuera lo que fuese, y salvo que se clavara él mismo la horca en el pecho, había alguien más con él. Presuntamente, la misma persona que cerró la puerta con llave al salir.

Atraviesas la habitación evitando pisar las manchas de sangre; aunque el equipo forense ya haya recogido las pruebas iniciales, prefieres conservar la escena en el mejor estado posible. Pasas junto a un lavabo grande de cerámica que tiene manchas de sangre acuosa y detectas un leve aroma a fresa. Nada nada usual.

Parece incoherente que un almacén así se abra a un balcón de piedra con balaústres acanalados, pero quizá en otros tiempos este sitio fuese un dormitorio como los demás de esta planta y luego lo reacondicionasen como cuarto de servicio.

—Vaya, qué interesante. Mire aquí, subinspectora.

Los ventanales son de estilo tradicional, de madera y con múltiples paneles de cristal. Sin embargo, hay manchas de sangre en la madera y dos de los paneles están hechos añicos. Fuera, el suelo está rociado por trozos de cristales con sangre.

—Rotos desde dentro —dice McAdam—. Indica una lucha en el interior de la habitación.

Salas al balcón, sigues el rastro hasta la baranda y ves una mancha roja en el suelo, justo delante de los balaústres. La albardilla, que no mide más de un metro de alto, está marcada por la huella carmesí de una mano. Sería fácil caerse por ahí o perder el equilibrio tras un empujón.

—Cayó bocarriba —señalas—. Eso sugiere que estaba aquí de pie en el balcón, mirando hacia dentro, y que lo empujaron... o que quien sea le clavó la horca dentro, lo sacó aquí y lo tiró por el borde.

—Para eso hace falta cierta fuerza —dice McAdam mientras sale al balcón detrás de ti—. Habrá que buscar a alguien grande.

—Si es que fue eso lo que ocurrió, claro. De momento, deberíamos mantener la mente abierta.

—Mire aquí, la doctora tenía razón: las mismas flores.

McAdam señala dos macetas grandes de barro apoyadas contra el muro de la casa, una a cada lado de los ventanales. En una de ellas hay una planta que no reconoces; en la otra crece un rosal con unas flores rojas muy características.

—El letrado del Elíseo por el que pasamos tenía unas rosas en el logo —dices, acordándote de la cancela—. Quien lo mató pudo elegir entre una amplia variedad de flores, pero se decantó por esta. Apostaría a que no es casualidad.

—Ya, aunque hay que mantener la mente abierta —dice McAdam con descaro.

En el balcón no parece que falte nada más. No hay rayones ni trozos de tela rota. Nadie sabría que aquí ha muerto un hombre si no fuera por la sangre y los cristales rotos.

Y por el cuerpo, que está tirado quince metros más abajo, claro.

Miras desde ahí el resto del ala, los demás balcones de las habitaciones de esa planta. El hueco entre balcón y balcón es demasiado grande para saltar y, más allá de las esquinas astilladas, la piedra está demasiado gastada para trepar por ella. Quien cometiese el asesinato tuvo que salir por la puerta y cerrarla tras de sí.

Al fijarte en el patio, vuelves a ver el indicador de pruebas correspondiente al móvil de Kennedy, pero ahora su ubicación te resulta extraña.

—Subinspectora —dices señalando el indicador—. ¿A qué distancia del cuerpo diría que han encontrado el móvil?

McAdam se asoma por el balcón.

—Parece que a unos tres metros, chispa más o menos.

—Demasiado lejos para un simple rebote tras la caída, sobre todo en la hierba. ¿Cómo llegaría ahí?

—¿Lo tiraría la misma persona que lo mató?

—Pero ¿por qué no lanzarlo junto al cuerpo? ¿O sencillamente llevárselo?

La subinspectora no tiene respuesta, ni tú tampoco.

Entonces recuerdas lo que ha dicho la doctora Wash sobre el teléfono, que estaba muy dañado, y te agachas para repasar con la mirada el suelo de piedra del balcón. McAdam te observa con gesto divertido, pero al instante encuentras lo que estabas buscando.

—Esto no es cristal de los ventanales —dices, y en la mano envuelta en el guante tienes una esquirla diminuta de metal plateado y plástico negro—. Parece más bien un fragmento de un móvil roto. La doctora Wash ha dicho que el teléfono de Kennedy estaba tan dañado que no encendía, pero caer sobre la hierba no le habría provocado eso.

McAdam te ofrece una bolsa de plástico para pruebas en la que guardas la esquirla.

—¿Cree usted que se rompió aquí? ¿Se le cayó al suelo, lo recogió... y entonces tropezó?

—O quien lo mató tiró el móvil después del cuerpo.

McAdam resopla y mira el indicador de pruebas.

—De ser así, se le fue un pelín el lanzamiento.

Al otro lado del patio, el ala este es una copia exacta de esta salvo por la planta baja. Por las ventanas ves una piscina que ocupa casi todo el largo del ala.

—¿Qué opina sobre las vistas desde allí? —preguntas en voz alta—. ¿Alguien que estuviese en la piscina podría haber visto lo que ocurrió?

McAdam mira detenidamente al otro lado del patio.

—Es probable, si estaba lo bastante cerca de las ventanas. Merece la pena preguntar.

—Vamos primero a hablar con el director. A lo mejor vio u oyó algo cuando el señor Kennedy se cayó.

Vuelves sobre tus pasos a la zona principal de la casa, donde te quitas el traje de protección y lo tiras. Al regresar al vestíbulo, descubres que en su mayor parte la multitud que miraba embobada se ha dispersado. La recepcionista del mostrador en la que te fijaste antes está dando vueltas por la zona con una regadera, echándoles agua a las numerosas plantas. El agente Zwale la acompaña y ambos mantienen una conversación informal; parece que se llevan bien e intercambian sonrisas conforme charlan.

- Para unirse a Zwale y hacerle unas preguntas a la recepcionista, ve a **23**
- Para continuar al despacho del director y pedirle más tarde un informe al agente, primero anota **P4** en el cuaderno y luego ve a **135**